

I. Introducción.

Versiones de Moctezuma. México en la imaginación histórica del siglo XIX

El filósofo de la cultura Oswald Spengler se hizo, en la década de 1920, mundialmente famoso por la publicación de su obra en dos volúmenes *La decadencia de Occidente* (1918 y 1922), en la cual no solo profetizaba el inminente ocaso de la civilización europea occidental, sino que exigía una radical reorientación de los historiadores respecto a la lógica de la historia: más allá del saber fáctico y en dirección al análisis crítico de patrones recurrentes. El concepto spengleriano de una «morfología de las culturas» se inspiraba de la morfología goethiana de las plantas al estipular que toda cultura del mundo iba siguiendo un ritmo propio «fatal» de crecimiento y declive. Su panorama histórico tenía, no obstante, llamativas lagunas. El autor anunciaba en su introducción la indagación de ocho culturas —junto a la Antigüedad y a Occidente, India, Babilonia, China, Egipto, Arabia y el México prehispánico— las cuales habrían seguido el mismo ciclo de crecimiento y decadencia¹; pero, en lo sucesivo, dejó México casi del todo sin tocar. En el segundo volumen de su obra, dedicó tan solo unas cuatro páginas a la cultura mexicana, describiéndola como una trágica excepción a su regla de crecimiento y declive naturales de las culturas:

Esta cultura es el único ejemplo de una muerte violenta. No falleció por decaimiento, no fue ni estorbada ni reprimida en su desarrollo. Murió asesinada en la plenitud de su evolución, destruida como una flor que un transeúnte decapita con su vara. [...] Lo más terrible de este espectáculo es que ni siquiera fue tal destrucción una necesidad para la cultura de Occidente. La realizaron de modo privado unos cuantos aventureros, sin que nadie en Alemania, Inglaterra y Francia sospechase lo que en América sucedía. Esta

1 Inicialmente, Spengler entendía por «Occidente» la cultura de la Europa occidental, pero esta definición la revisó, como señala Felken (61), probablemente a raíz de la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y del ascenso de dicho país a potencia mundial. En la versión reelaborada de 1922 se habla, así, de la cultura «europeo-occidental-americana» de Occidente.

es la mejor prueba de que la historia humana carece de sentido. Solo en los ciclos vitales de las culturas particulares hay una significación profunda. Pero las relaciones entre unas y otras no tienen significación; son puramente accidentales (Spengler, *La decadencia de Occidente II*, 63).

Los titubeos de Spengler para incluir en su teoría de la cultura al hemisferio americano pueden achacarse a que los estudios precolombinos estaban, en la Alemania de comienzos del siglo xx, menos asentados que, por ejemplo, el orientalismo y la filología clásica, de modo que Spengler tenía más fácil trabajar sobre la Antigüedad y sobre el ámbito árabe, chino o indio. Pero el silencio público de Spengler sobre las culturas americanas antiguas antes y después de la publicación de *La decadencia de Occidente* puede indicar algo más, según mi parecer: cierta conciencia de Spengler de lo problemático que resultaban las culturas americanas antiguas en su esquema global de la historia.

¿Qué debe, pues, significar que, entre los escritos inéditos de juventud de Spengler, se encuentre un drama en cinco actos sobre el *tlatoani* azteca Moctezuma? Como mínimo, quiere decir que Spengler se interesó pronto en su vida por la conquista de México a manos del español, antes aun de poder informarse sobre otras culturas extraeuropeas. Si más tarde no se ocupó de dicha conquista sino de pasada, alguna buena razón debió de haber. Hasta se puede especular si la existencia de la ópera prima *Moctezuma* no apunta a que la historia de México constituye no solo una excepción en la teoría de Spengler sobre las culturas del mundo, sino el primer sillar de la misma.

1. LA INTERPRETACIÓN SPENGLERIANA DE LA FIGURA HISTÓRICA DE MOCTEZUMA

La figura histórica de Moctezuma Xocoyotzin ha fascinado tanto a los historiadores como a los escritores, poetas, artistas y compositores desde que llegaron a Europa las primeras noticias sobre el *tlatoani* de los aztecas. Demasiado sorprendente era la idea de un imperio desconocido hasta entonces por los europeos, el cual se habría desplomado con la llegada de un grupo relativamente pequeño de soldados españoles. ¿Cómo no echarle la culpa al «señor» de aquel imperio, el *tlatoani* Moctezuma, de cuyos tesoros los españoles enviaron muestras significativas? Una exposición sobre Moctezuma en el British Museum de Londres (2009), sin embargo, muestra lo poco que se sabe hasta hoy día sobre el entorno vital del soberano azteca. Han sido reconstruidos los objetos de su vivienda, la infraestructura de la ciudad y de la jerarquía social en la misma reinante, pero nada se conoce del entorno personal y de las circunstancias de su muerte. Según los editores del catálogo

de la muestra, las muchas imágenes y juicios sobre Moctezuma, fluctuantes a lo largo de los últimos quinientos años, revelarían más sobre los propios historiógrafos y biógrafos del gobernante que sobre el conocimiento real sobre su persona (McEwan y López Luján, 23).

En efecto, los protagonistas y testigos mismos del encuentro español con Moctezuma, Hernán Cortés y el soldado Bernal Díaz del Castillo, establecieron en sus historias escritas un patrón poderoso que sugería que el líder azteca había sido demasiado conciliador con ellos. En su famosa *Segunda carta de relación* al rey español Carlos I, publicada por primera vez en 1522, Cortés describe la secuencia que habría llevado a la rendición de Moctezuma: la marcha de los españoles hasta la capital, Tenochtitlán, a pesar de varios intentos de mantenerlos alejados, así como el encuentro allí habido con Moctezuma. Describe detalladamente la imponente grandeza y pompa de la ciudad, y refiere cómo, rápidamente, aprisiona en su propio palacio a Moctezuma valiéndose de un pretexto; cómo entonces lo lleva al campamento de los españoles y allí lo tiene custodiado varios meses. Según Cortés, cuando por fin los aztecas se rebelan contra los españoles durante una breve ausencia suya, Moctezuma aparece ante ellos y los exhorta a un armisticio, ante lo que su propia gente lo apedrea de tal forma que muere al poco. Lo cual lleva a la calamitosa retirada de los españoles de la capital durante la llamada «Noche Triste». Estos sucesos fueron, en lo esencial, confirmados por Bernal Díaz en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1584). Por su parte, los relatos de los informantes nahuas que contaron su versión de los hechos, unos cincuenta años más tarde, al padre franciscano Bernardino de Sahagún, quien la relató en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, la cual se hizo conocida a partir del siglo XIX, hablan del asesinato de Moctezuma a manos de los españoles, pero confirman la recepción amistosa de estos en Tenochtitlán por parte de Moctezuma, explicándola en términos similares a Cortés y a Bernal Díaz, esto es, en la existencia de una serie de profecías que vaticinaban el retorno de Quetzalcóatl para reclamar su reino. Moctezuma, según este relato, habría confundido a Cortés con el mítico Quetzalcóatl.

Aún aceptando la parcialidad del relato de Cortés, los historiadores han aceptado la mayoría de los elementos de este relato por la persuasiva lógica que presentaba a los españoles como superiores a los aztecas en su tecnología de guerra y hasta en su capacidad para la traducción y la comunicación².

2 Según Inga Clendinnen (24-25), el imperio azteca había consistido de un sistema más bien laxo de relaciones feudales entre los aztecas y las ciudades Estado a ellos sometidas; un sistema, por tanto, en el que la mayoría de los aliados, en realidad,

Recién en 2018, sin embargo, el historiador Matthew Restall hizo un intento de reconstrucción radical, basado en una lectura sintética de gran cantidad de escritos y testimonios indígenas y españoles surgidos a lo largo del siglo xx, que permite entrever otra secuencia de eventos que los presentados por Cortés. Según Restall, el imperio azteca bajo Moctezuma habría controlado a los españoles hasta muy avanzada su expedición. Habría seguido sus pasos desde el comienzo, y los habría invitado a entrar en Tenochtitlán a propósito, como lo había hecho con otros competidores en Mesoamérica, para impresionarlos con la riqueza y grandeza de su capital y luego, una vez allí, «coleccionarlos», es decir, incorporarlos a su séquito, albergándolos muy cerca de su vivienda, como también de su jardín zoológico. Moctezuma nunca se rindió, según Restall, sino que habría muerto muy probablemente a mano de los españoles, junto a los demás líderes de la Triple Alianza azteca. Esos asesinatos colectivos habrían ocurrido porque los españoles estaban luchando desesperadamente por poder retirarse de Tenochtitlán, en una guerra que finalmente había estallado durante la fiesta de Tóxcatl (Restall, 193-228).

En su drama *Moctezuma*, el joven Spengler presenta una versión de la historia de Moctezuma que es sorprendentemente irreverente con la narrativa tradicional de los hechos y no tan lejana de la de Restall. Según su interpretación (la cual ya anuncia lo que vimos en *La decadencia de Occidente*), los españoles solo tuvieron éxito porque Cortés supo, como taimado aventurero, inducir a Moctezuma a creer que los españoles volverían a marcharse por su propia voluntad. Moctezuma, por otra parte, aparece en el drama como un monarca ilustrado que escucha a sus consejeros y que no discrepa de ellos sino allí donde se trata de las leyes del honor y la hospitalidad, que para él son inquebrantables.

Para convencer a sus lectores, el drama de Spengler omite varios momentos importantes que sí habían aparecido en los relatos históricos y ficticios disponibles en su momento, como veremos abajo. Para empezar, el *Moctezuma* de Spengler no menciona a los intérpretes que mediaban en las negociaciones entre españoles y aztecas. En el drama, Cortés y Moctezuma se hablan en directo y entienden los propósitos e intentos comunicativos del otro perfectamente, sin la mediación de los famosos intérpretes Malintzin o «Marina»

estaban deseosos de sublevarse, con ayuda de los españoles, contra las exigencias tributarias de los aztecas. En cuanto a la supuesta habilidad en la comunicación de los españoles, según el crítico semiótico Tzvetan Todorov, en su libro controversial *La conquista de América*, la conciencia misionera católica de los españoles los habría preparado mejor para el choque con otra cultura y lengua.

y Jerónimo de Aguilar, mencionados ya en la carta de Cortés. En vez de ello, Marina está reducida en el drama spengleriano a ser una esclava de Cortés, enamorada de él sin ser correspondida y traidora de su pueblo. En cuanto a la cosmovisión y religión aztecas, el drama descarta la idea planteada por Cortés y Bernal Díaz de que los aztecas habrían confundido a Cortés con su soberano divino retornado y subraya, en cambio, la sagacidad con que Moctezuma se percata, con relativa rapidez, de que los españoles representan un sistema de poder creado para la expansión y el enriquecimiento (cf. Spengler, *Moctezuma*, II, 2)³. El horror de los sacrificios humanos de los aztecas, tan frecuente en otros relatos del siglo XIX en particular, aquí se omite, y la destrucción de los ídolos del Templo Mayor por los españoles, frecuentemente mencionada en otros relatos, se convierte en un pretexto para arruinar la reputación de Moctezuma, ya que los españoles pretenden que Moctezuma haya aceptado tal destrucción, cuando se había opuesto férreamente a ella (*Moctezuma*, IV, 6). Finalmente, en el drama, la matanza perpetrada por Pedro de Alvarado durante la fiesta de Tóxcatl no se menciona, aunque sí es durante la ausencia de Cortés —que tuvo que marchar a Veracruz— cuando los aztecas se organizan bajo el liderazgo de Cuitláhuac para comenzar su rebelión, la cual produce el caos entre los españoles y, finalmente, su huida de Tenochtitlán (cf. *Moctezuma*, IV, 7). Es decir, Spengler descarta de su drama la idea de un conflicto de culturas e interpreta el encuentro de Cortés y Moctezuma en un sentido político, como una confrontación entre dos imperios, la cual revela un enfrentamiento de pueblos soberanos en el marco del derecho internacional más que un asunto de estrategia militar o de superioridad cultural.

Este argumento político determina la manera como se presenta la figura de Moctezuma en el drama: como un soberano exitoso, consciente tanto de su pasado como también de su responsabilidad hacia sus súbditos. Por tanto, Spengler no pierde tiempo con la famosa escena de la entrada de Cortés y sus tropas en Tenochtitlán, y su recepción pública por parte de Moctezuma (también Restall le quita importancia a ese encuentro, por más que haya fascinado a generaciones de historiadores y lectores)⁴. En vez de ello, Moctezuma recibe

3 En la carta de Cortés, Moctezuma menciona en su primera entrevista con él la leyenda según la cual su propio pueblo era extranjero en México y había recibido el vaticinio de que su señor regresaría un día desde el Este (cf. Cortés, *Cartas de relación*, 210-211).

4 Según Restall, el primer encuentro entre Cortés y Moctezuma tuvo tanta importancia simbólica por haber sido combinado con la rendición enigmática de Moctezuma ante los españoles: «At the heart of that oft-appropriated narrative is an imagined moment—Montezuma's surrender to Cortés—that has persisted and proliferated in print

a Cortés en su propia vivienda, dejando claro su autoridad sobre él. El Moctezuma de Spengler tampoco se rinde a la razón de los españoles en ningún momento. Su captura se efectúa mediante una trampa, y no sin mediar resistencia. De ahí, el drama se convierte en un juego de equivocaciones, en el cual los aztecas asumen que Moctezuma se ha rendido por su propia voluntad hasta que Cuitláhuac, su hijo y nuevo líder, logra hablar con él e incita los aztecas a rebelarse para salvarle. El segundo momento equívoco decisivo ocurre cuando Moctezuma es persuadido por Cortés de hablarle a su gente para convencerles de que es se debe evitar una masacre y tener compasión de los españoles, dejándoles salir de Tenochtitlán. La escena de la lapidación de Moctezuma por los aztecas (Moctezuma, V, 9) y de su muerte pocos días después ya corresponde de nuevo al guion establecido sobre el *tlatoni* por Cortés y sus seguidores. El drama de Spengler simplifica así la secuencia de los eventos para hacer hincapié en la dimensión trágica de la caída de Moctezuma, de soberano virtuoso y omnipotente a hombre moribundo y solitario, y en las diferencias personales entre él y Cortés. Las razones de esta caída se discuten en varios momentos, empezando con el primer monólogo de Moctezuma (III, 4), en el que se pregunta sobre su libre albedrío frente al destino: «“No es, del hombre destino, arbitrio suyo”» / Créese aquel libre y sirve, en vez, al caso. / También debe ceder al cual el rey». A ello se añade, siguiendo el modelo de la tragedia clásica, la cuestión del error fatal (o *hamartia*), al presentarse Moctezuma no como alguien débil, sino demasiado condescendiente en su trato con Cortés.

Al cuestionar la narrativa cortesiana sobre la conquista de México, Spengler adopta una perspectiva que conocemos bien hoy en día. Como escribe el historiador inglés John Elliott, para Cortés era crucial poder vencer al rey español de que Moctezuma se había sometido voluntariamente. Se habría aprovechado por ello de la leyenda del retorno del soberano blanco del Este, la cual bien pudo existir, pero no necesariamente fue clave en la conducta de Moctezuma («Cortés, Velázquez and Charles V», xxviii). También Anthony Pagden considera que el lenguaje de Cortés, quien escribía que los aztecas se habían sometido al rey español en calidad de «vasallos», era estratégico, al aludir a la idea de *translatio imperii*, la cual sugería a Carlos V que, gracias a la conquista de México, él era ahora, como Carlomagno, *dominus totius orbis* («Introduction», lvi). Hugh Thomas piensa, en cambio, que, al menos, ciertos indicios de docilidad tuvo que dar Moctezuma ya en la primera conversación porque, de lo contrario, relatos posteriores de testigos presen-

and paint not because it happened, but because so many people for so many different reasons believed it happened or needed it to be so» (*When Montezuma Met Cortés*, 71).

ciales habrían contradicho el de Cortés (393). En el momento de la escritura del *Moctezuma* de Spengler, en 1897, sin embargo, tal punto de vista era poco común, dada la preponderancia de los relatos de Cortés y Bernal Díaz en el imaginario común, como veremos.

A lo largo de todo el drama de Spengler se pone de relieve la ilegitimidad de las pretensiones de los españoles respecto al dominio sobre el reino azteca. Dicho dominio está, es cierto, justificado exteriormente por el mandamiento de convertir al cristianismo a los paganos; la codicia de Cortés y de su tropa prevalece, no obstante, en todos los aspectos. Aquí Spengler coincide, de hecho, con la presentación del propio Cortés, quien no solo describe en detalle la riqueza de la capital azteca, sino que una y otra vez vuelve a hablar de cómo busca procurar oro y otras riquezas a sus soldados y a la Corona española. Al enfocarse en las ganancias materiales de los españoles y representar, además, a Cortés como hombre de escasa fe (*Moctezuma*, III, 5), Spengler sugiere que verdaderamente no podía haber una justificación política de la conquista de México.

El proceder de Spengler consiste en rellenar dramáticamente los momentos de los que no había noticia en la tradición historiográfica; especialmente las conversaciones y los acontecimientos que a Moctezuma atañen. En su descripción del aprisionamiento de Moctezuma, por ejemplo, Cortés deja claro que la acusación de que Moctezuma hubiese sido el instigador de un atentado junto a Veracruz, había sido un pretexto. Cortés se salta la discusión propiamente dicha y remite a que Moctezuma se habría avenido, tras algún tira y afloja, a acompañar a los españoles (*Cartas de relación*, 213-216). En Spengler, por el contrario, el prendimiento de Moctezuma se prepara dramáticamente mediante las conversaciones de ambos protagonistas con sus aliados (*Moctezuma*, III, 3-4). Igualmente en otro momento, Moctezuma se opone en un largo parlamento al propósito de los españoles de convertir al catolicismo a los aztecas, y pide respeto para su religión (*Moctezuma*, IV, 6), cosa no mencionada en las fuentes españolas. Claramente, la versión de los hechos de Spengler toma partido por Moctezuma, al darle la palabra donde Cortés elude hacerlo, dotándole de palabra y razón cuando Cortés o Bernal Díaz no lo habían hecho.

Hay, asimismo, algunas acciones secundarias libremente inventadas en el drama de Spengler. Entre ellas, ya mencionamos la historia de Marina, la cual en el drama ha sido salvada por Cortés de una casa en llamas y, estando enamorada de él sin esperanza de ser correspondida, más tarde es apuñalada por un «cacique» azteca celoso (*Moctezuma*, IV, 6-7). Todo ello contradice la referidísima biografía de Malintzin, según la cual esta fue entregada a los españoles junto a otras mujeres, y no solo se convirtió en intérprete de Cortés, sino que tuvo de él un hijo (Martín Cortés). Ese triángulo amoroso

tiene el efecto dramático, sin embargo, de subrayar la igualdad entre aztecas y españoles, como también de culpar a Cortés por su falta de sentimiento por ella y luego, a Marina, por su falta de «patriotismo» hacia los aztecas. Spengler introduce también en su drama un conflicto padre-hijo no documentado históricamente, al convertir a Cuitláhuac en vástago y heredero de Moctezuma pese a que, en realidad, era hermano. Dicho conflicto le permite acrecentar el efecto melodramático de varios pasajes: cuando Moctezuma recibe a Cortés contra el consejo del hijo y otros caciques (*Moctezuma*, I, 2); cuando rechaza matar a Cortés justo antes de ser, a su vez, capturado (*Moctezuma*, III, 4); y durante la soledad en su cautiverio, cuando ha sido abandonado por su propio hijo, especialmente en el momento de su muerte. Finalmente, Cacama, quien aparece como otro «sobrino» de Moctezuma en Bernal Díaz, es en Spengler un octogenario consejero de Moctezuma, imitando la figura del sabio anciano tan popular en la mitología clásica.

La exposición de Spengler de la conquista de México presenta, por tanto, cambios y realces que, a pesar de no siempre ser realistas desde un punto de vista histórico, reflejan un juicio maduro y bastante consistente con su obra posterior, a pesar de que el autor contaba solo con 17 años cuando escribió su ópera prima. Queda clara su tesis de que Moctezuma fue una víctima de su sentido del honor, y de que no fueron ni su superstición ni sus titubeos —como Cortés sugiere en su carta— lo que hizo posible la victoria española. *Moctezuma* ofrece, así, a pesar de algunos excesos melodramáticos, una interesante perspectiva sobre la significación que el relato de la conquista de México puede haber alcanzado para la trayectoria intelectual de Spengler e, incluso más allá, en la Alemania de finales del siglo XIX.

2. EL HORIZONTE DE LECTURAS DE SPENGLER HACIA 1897

El interés del joven Spengler por la conquista de México era llamativo, dado el ambiente en el que creció. Al ser su padre empleado de la oficina de correos, en la década de 1890 Spengler vivía con su familia en Halle, ciudad mediana en el estado de Sajonia-Anhalt, donde acudía al colegio de la prestigiosa fundación pietista Francke para recibir una educación, sobre todo, en letras clásicas y teología. El temario de esta escuela es muy poco probable que incluyera el estudio de la historia de México⁵. Sin embargo, incluso en el

5 En 1896, el último año del bachillerato de Spengler, las materias eran latín, griego, hebreo, un poco de francés e inglés, alemán, matemáticas, historia con geografía, y

ambiente provinciano de esta ciudad, el tema de México y Moctezuma pudo haber adquirido cierta presencia.

A lo largo de los años del declive del imperio español y de la expansión de otros imperios, tales como el inglés, estadounidense y, finalmente, el alemán, el antiguo México se había convertido para muchos en un tema fascinante. El número de descripciones de viajes, relatos y libros juveniles sobre la conquista de México, así como de nuevas traducciones de los textos de la época, se disparó a partir del siglo XIX⁶. La autora de uno de los resúmenes en alemán de la conquista de México podía citar, así, para 1865 una larga lista de fuentes en tres idiomas:

Algo se ha conseguido en el trabajo sobre México [...] Valga lo que sigue para hacerse una idea de lo alcanzado. La excelente obra de William Prescott *History of the Conquest of Mexico* supone la base del primer volumen de nuestro libro. Nos servimos, además, de las *Vues des cordillères* de A. von Humboldt, de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* del bravo Bernal Díaz, del notable trabajo del Dr. Peschel *Das Zeitalter der Entdeckungen* y, por último, de las investigaciones —más antiguas— del padre Clavijero, así como de las más recientes del abate Brasseur et al. Respecto a lo que historiadores de los propios siglos XVI y XVII sacan a la luz, de eso Prescott ya se ha ocupado de tal modo en su clásico libro, que nosotros a las fuentes más antiguas del mismo no hemos vuelto (Armin/Krebs, VII).

En la fundación Francke de Halle habrían estado disponibles, según el catálogo de la biblioteca, la mencionada obra del Dr. Peschel y, de Humboldt, su *Umriss von Vulkanen y Geognostische und physikalische Erinnerungen*, junto al relato de viaje de Hermann Hoffmann *California, Nevada, und México. Wanderungen eines Polytechnikers* (1871), la novela histórica en tres tomos de Carl Franz van der Velde *Die Eroberung von Mexico* (1830), las traducciones al alemán de dos volúmenes ilustrados de ruinas mayas por John L. Stephens, una narración en alemán que sigue el relato de Bernal Díaz del Castillo, y la traducción al alemán, he-

educación física. En las clases de historia se enseñaba, según informa el plan de estudios (cf. Becher), «historia del pueblo alemán hasta 1648, tomando en cuenta los acontecimientos esenciales de la historia no alemana»; en las de alemán se leía a Lutero, las *Odas de Klopstock*, la *Minna von Barnhelm*, el *Natán el Sabio* y el *Laocoon* de Lessing, y la *Ifigenia* de Goethe. La conquista de México por Hernán Cortés se mencionaría, si acaso, a propósito del reinado de Carlos V y de la casa de Habsburgo.

6 Rubén Gallo habla de una «aztecomanía» en escritores alemanes y franceses de los siglos XIX y XX tales como Gerhart Hauptmann, Eduard Stucken, Walter Benjamin y Georges Bataille.

cha por nada menos que Friedrich Schiller, de la *History of America* del escocés William Robertson⁷. En la biblioteca de la Universidad de Halle, la cual el joven Spengler empezó a utilizar clandestinamente en el invierno de 1896-1897, habría tenido acceso a la traducción alemana de la obra de referencia del jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero *Geschichte von Mexico* (1789), a las nuevamente traducidas tres cartas de relación de Hernán Cortés, *Drei Berichte des General-Kapitäns von Neu-Spanien Don Fernando Cortes an Kaiser KarlV.* (1834), a las *Denkwürdigkeiten des Hauptmanns Bernal Diaz [sic] del Castillo* (1843-44), a la *Geschichte der Eroberung von Mexiko* (1834) de Antonio de Solís, y a la monumental *Historia de la conquista de México* del americano William H. Prescott, traducido al alemán como *Geschichte der Eroberung von Mexico* (1845).

También en la literatura, el teatro y la ópera, Spengler —quien a decir de su biógrafo, Anton Koktanek, era un ferviente aficionado al teatro— habría podido inspirarse en relatos sobre México. Por ejemplo, Carl Heinrich Graun, compositor de palacio de Federico II de Prusia, había compuesto una ópera barroca titulada *Montezuma* (1755), cuyo libreto había sido escrito por el propio rey. A comienzos del siglo XIX, además, se había hecho popular una ópera de Gaspare Spontini, *Fernand Cortez ou La conquête du Mexique*⁸. También, el popular dramaturgo Ernst August Klingemann había escrito un melodrama en cinco actos, *Ferdinand Cortez, oder: die Eroberung von Mexiko*. De Heinrich Heine existe su conocido poema «Vitzliputzli» (1851). Todas estas obras se sitúan en el ámbito de las fantasías exóticas sobre el mundo allende de Europa que existían en la Alemania «precolonial», entre 1770 y 1870, estudiadas por Susanne Zantop en su libro *Colonial Fantasies*.

No sabemos cómo ni cuándo exactamente se habría encontrado Spengler con su materia. A decir de Koktanek (45), nuestro autor leyó en los años de Halle, ante todo, literatura alemana, francesa, rusa y escandinava, descu-

7 Los dos libros de John L. Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan* (1841) e *Incidents of Travel in Yucatan* (1843) fueron traducidos al alemán como *Reiseerlebnisse in Centralamerika, Chiapas und Yucatan* (1854) y *Begebenheiten auf einer Reise in Yucatan* (1853), respectivamente. La narración alemana de Bernal Díaz se titula *Die Entdeckung und Eroberung von Mexiko, nach des Bernal Diaz del Castillo gleichzeitiger Erzählung* (1848), con una segunda edición en 1865. La *Historia* de Robertson se había publicado en inglés en 1877 y fue editada el mismo año en traducción alemana como *Die Geschichte von America*. La información sobre los fondos de las bibliotecas de la fundación Francke en la década de 1890 se la debo a Britta Klosterberg, directora de la biblioteca (correo electrónico personal del 5 de agosto de 2010), así como a la amable ayuda de la bibliotecaria Anke Mies.

8 Hinz habla de hasta veinte óperas sobre Moctezuma y analiza de forma detallada una ópera de Antonio Vivaldi y la de Graun.

briendo luego en lecturas clandestinas la crítica de la religión y el darwinismo. Según dijo él mismo:

Recuerdo con total nitidez aquellas tardes que pasaba clandestinamente, [...] como alumno de *tertia* [sc. *classis*], en la biblioteca de la universidad. El primer libro fue la *Vida de Jesús* de Renan. Experimentaba entonces una dicha demasiado hermosa como para poderla compartir. Me sentía crecer alas, un país nuevo: sabía que yo mismo podía ser algo allí. Conservo todavía una serie de cuadernos que llené de apuntes. Leía a Bauer, a De Wette, a Haeckel, volviendo siempre a penetrar en un país de ensueño una vez que ya las clases de por la mañana me habían repugnado suficientemente (en Koptanek, 50).

Vemos aquí cómo debe haber crecido a lo largo de estos años de vida escolar el escepticismo del joven Spengler hacia la religión, tan literalmente interpretada, sin duda, por el pietismo enseñado en la fundación Francke. La *Vie de Jésus* de Ernest Renan (1863) había resultado pionera en su época al reconstruir la vida de Jesús desde un punto de vista histórico. Luego, el teólogo Wilhelm Martin Leberecht de Wette era conocido por su aproximación independiente a la exégesis bíblica. Por su parte, el zoólogo y darwinista Ernst Haeckel se hizo famoso con sus obras sobre biología marina, especialmente con sus libros *Generelle Morphologie* («Morfología general», 1866) y *Natürliche Schöpfungsgeschichte* («Historia natural de la creación», 1868). Muy poco se ve aquí del historiador-filósofo posterior que iba a ser Spengler, aunque sí, quizás, cierto ansia de rebelión y un deseo por distanciarse de la educación recibida. También podemos especular que quizás haya sido el hecho de que la conquista de México oficialmente fue justificada por el deseo misionero de llevar el cristianismo a otras orillas, el que haya hecho que Spengler se interesara por ese temario y no por la India, país recorrido por Haeckel, o por la Patagonia de Darwin.

3. GUIONES DEL COLONIALISMO. EL INTERÉS POR LA CONQUISTA DE MÉXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS Y EN ALEMANIA

Vale la pena tener en mente que la última década del siglo XIX en Alemania constituye los años «fundadores» (*Gründerjahre*) del imperio alemán, recién creado en 1871; es decir, años de creciente prosperidad para la clase media de la cual Spengler formaba parte. Fueron años, además, caracterizados por el intento del joven emperador Guillermo II por expandir sus posesiones coloniales, en competencia con los imperios de ultramar inglés y francés en África y Asia. El «reparto de África», es decir, la colonización completa

del continente en menos de dos décadas por las potencias europeas —entre ellas, también Alemania— creaba nuevos mercados para los europeos, pero a costa de graves abusos sobre la población autóctona, incrementando además las tensiones entre las propias naciones europeas. En ese contexto, la experiencia del imperio español en América podía ofrecer lecciones importantes. Especialmente, el guion de la historia de Moctezuma fungía de pantalla de proyección para las esperanzas y los miedos que a la colonización exitosa y a la destrucción de culturas existentes se asociaban.

El concepto de guion lo tomo de la estudiosa de la *performance* Diana Taylor, quien, en un capítulo de su libro *The Archive and the Repertoire*, interpreta el encuentro de Colón con los «indios» de las Antillas, según este lo describió en su carta a los reyes, como una escena primigenia del descubrimiento, la cual sigue siendo retocada, desde entonces, en infinitas variaciones, en relatos de viajes, novelas, en la historiografía y en el periodismo, siempre y cuando alguna de las llamadas culturas «primitivas» coincide con civilizaciones modernas. Según Taylor, el «guion de la conquista» es el siguiente: a los indígenas se los construye como sujetos deficitarios que no poseen cuanto los españoles sí —escritura, ropa, lenguaje, armas, fe—, y que están agradecidos por lo que les traen estos. Esta acción se construye para un público que en parte está presente —es decir, los españoles que acompañaban a Colón, entre los cuales había un escribano—, y que en parte mira desde fuera; es decir: los reyes españoles o los lectores. Para Taylor, en este guion interactivo, el «descubridor» pretende entender al otro, pero lo describe como mero negativo del observador⁹.

De manera similar, podemos hablar en el caso de la historia de Moctezuma narrada por Cortés y Bernal Díaz de un guion que incluye tanto a los protagonistas como al público lector. Ese «guion colonial» diverge, sin embargo, en puntos decisivos del guion de la conquista esbozado por Taylor en su lectura del relato de Colón. Por una parte, Cortés puede apoyarse en más informaciones directas que Colón gracias a dos traductores del náhuatl y el maya, Malintzin y Jerónimo de Aguilar. Sobre todo, se confronta, en el caso de los aztecas y sus ciudades (o *altepetl*), con una cultura sedentaria, mucho más comparable a la de los españoles. De ahí que su relato tenga que apoyarse en toda una secuencia de escenas, siempre para justificar la guerra contra otra civilización que, de otra manera, podría ser interpretada como acto criminal: el sometimiento formal y público de Moctezuma desde un co-

9 Véase mi ensayo «Scenarios of Colonialism and Culture. Oswald Spengler's Latin America» para una discusión más extensa sobre este tema.

mienzo al dominio del rey español, la rebelión de los aztecas, el apresamiento de Moctezuma por Cortés como autodefensa, el ruego de un Moctezuma «débil» a los aztecas para que depongan las armas y el subsiguiente ultraje y ataque de estos a Moctezuma; por último, la muerte melancólica de este, la retirada de los españoles y la posterior conquista definitiva de la capital. También el público es ahora otro. Ya no hay un solo escribano, sino, al menos, dos: el de los españoles y el de los aztecas, el cual, en los relatos de Cortés y Bernal Díaz, «pinta» los acontecimientos y se los entrega a Moctezuma. En consonancia con lo cual, en el guion colonial de México hay desde el principio al menos dos versiones de los hechos: la española y la de los aztecas. El asombro ante el Otro que en Colón tanto prevalecía, se convierte, en el caso de la conquista de México, en asombro por la riqueza del «imperio» azteca y de ahí, en la necesidad de mostrarse religiosa, militar o culturalmente superior a la otra civilización. También, como hemos dicho, Colón y Cortés sitúan su acción en otro marco legal. Mientras que Colón podía tomar posesión de las islas del Caribe porque estaban pobladas por pueblos de vida nómada «carentes de Estado», en el caso de los aztecas, se planteaba la cuestión de la conquista legítima de una cultura urbana bien organizada. Para esos casos, la bula *Inter caetera* (1493) del papa Alejandro VI establecía que la conquista de territorios también podía justificarse en caso de existir un Estado que tenía que ser convertido a la fe cristiana¹⁰. Podemos sospechar que de ahí surge, en el siglo XIX, el especial interés de los lectores en Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos por el guion colonial de México cuando estos países inician su propia colonización de nuevos territorios en África y el Pacífico usando narrativas similares sobre su «derecho» a hacerlo, aunque ya sin la excusa de la religión.

Desde los primeros relatos en el siglo XVI, el guion colonial de la conquista de México fue discutido, eso sí, entre historiadores y teólogos españoles, mas no tanto en el ámbito europeo¹¹. Como ha argumentado John Elliott, el descubrimiento y la conquista de América por parte de los europeos tuvieron, durante siglos, un «efecto incierto»: el mundo que se abrió a los

10 Para Jürgen Osterhammel (34-35), la primera fase de la formación de colonias de la historia moderna empieza con el establecimiento del sistema colonial mexicano (1520-1570), puesto que aquí es donde por vez primera se construye una administración territorial colonial, y las colonias ya no son bases comerciales, sino asentamientos estables.

11 Véase, por ejemplo, el famoso Debate de Valladolid (1550-1551) entre fray Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda sobre lo que constituía una guerra justa, discutido por Rolena Adorno en su libro *Polemics of Possession*.

colonizadores españoles era demasiado nuevo como para que historiadores, teólogos y filósofos lo pudiesen asimilar. De ahí que, todavía en la década de 1790 se discutía sobre la naturaleza supuestamente «inferior» o «superior» de América, como puso de manifiesto Antonello Gerbi en su *Disputa del Nuevo Mundo* (1955). Pero, ya acabando el siglo XVIII, aparecieron nuevas obras que refutaban los prejuicios sobre la supuesta falta de historia mexicana surgidos en los últimos años de la colonización española. La *Historia antigua de México* (1779), publicada primero en italiano y luego en traducción alemana e inglesa por el jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero, unía relatos orales con la consulta de fuentes y códices para dar una descripción detallada, aunque a menudo poco fiable, de la cultura azteca previa a la llegada de los españoles. En segundo lugar, la *History of America* (1777-1796) en diez volúmenes de William Robertson consideraba a los aztecas y mayas inferiores a los europeos, ya que suponía que no tenían ni hierro ni bronce ni ganadería ni escritura (!), pero así y todo los tomaba no por culturas primitivas, sino avanzadas¹². Finalmente, con la independencia de la mayoría de los estados latinoamericanos a comienzos del siglo XIX, y con la apertura de los mismos a viajeros europeos —el primero, entre ellos, el prusiano Alexander von Humboldt—, creció el interés científico por Latinoamérica, aumentando el interés por nuevas interpretaciones de la conquista de México.

Humboldt había recorrido Suramérica entre 1799 y 1804 y rechazó en varios relatos de viaje definitivamente las especulaciones de algunos filósofos ilustrados sobre la falta de historia y la monstruosidad del nuevo continente¹³. Especialmente su obra *Vues des cordillères et monumens [sic] des peuples indigènes de l'Amérique* (1810-1813) combinaba por primera vez magníficas descripciones de la naturaleza con imágenes de antiguos códices mayas, calendarios, objetos artísticos, monumentos y ruinas de México. Tales imágenes daban una impresión totalmente nueva de la complejidad y antigüedad de las culturas precolombinas, a las que el propio Humboldt comparaba con el arte clásico griego (Humboldt, *Ansichten der Kordilleren*, 3-17)¹⁴. Las dramáticas evocaciones y descripciones humboldtianas de la naturaleza y las culturas de

12 Véase el capítulo de Detering (106-134) sobre la *History of America* de William Robertson en el contexto de la Ilustración.

13 Para lo que sigue, me baso en el análisis de Ottmar Ette (213-258) sobre el llamado debate berlinés en torno al filósofo De Pauw, debate que, con el artículo del abate Raynal en la *Encyclopédie* de Diderot, tuvo un amplio eco. Como Ette muestra, Humboldt se refiere a dicho debate en su *Vues des cordillères*.

14 Cito conforme a la hermosa primera edición alemana de Humboldt, *Ansichten der Kordilleren*.

América dirigieron el interés de los lectores, tanto legos como científicos, hacia la historia de un México que, de repente, se erigía en rival de la cultura española, como antes lo habrían sido los griegos y romanos antiguos.

La atención a las antiguas culturas americanas se plasmó también en novelas históricas y de aventuras, en piezas teatrales, en nuevas traducciones tanto de las crónicas de los conquistadores como de testimonios tempranos, y en relatos de viajes. Es, en efecto, llamativo cuántas fuentes españolas sobre la conquista de México se tradujeron a partir de 1750; un auténtico boom de publicaciones alemanas da comienzo, sin embargo, hacia 1850. Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés al rey de España, por ejemplo, habían sido traducidas al alemán por primera vez en 1550 y no volvieron a editarse hasta 1779. En ese año, en cambio, J. J. Stapfer sacó una nueva edición con dos impresores a la vez (en Berna y en Heidelberg) y luego, en 1834, Carl Wilhelm Koppe volvió a traducirlas parcialmente, acompañadas de notas¹⁵. En cuanto a la famosa obra de Bernal Díaz del Castillo, no se tradujo al alemán hasta 1838, con una segunda «edición aumentada» en 1843; y en 1865, se publicó de ella, a su vez, una reelaboración dirigida a la «juventud alemana»¹⁶. La *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y Rivadeneyra (1684) fue traducida al alemán por vez primera en 1750-1751, y vuelta a publicar en nueva traducción en 1838. También los dos relatos de viaje del americano John L. Stephens por las ruinas de las ciudades mayas de Yucatán y América Central se tradujeron al alemán inmediatamente tras su aparición en 1854, como vimos. Las historias escritas por los americanos William H. Prescott sobre las conquistas de México y el Perú, y de Washington Irving sobre la vida de Cristóbal Colón aparecieron entre 1828 y 1848 en traducción alemana¹⁷.

En todas estas obras se encuentran versiones de Moctezuma las cuales, siempre siguiendo un guion colonial, privilegiaban ora a Moctezuma, ora a Cortés, describiendo la cultura de los aztecas y de los pueblos vecinos con mayor o menor detalle. A continuación, quisiera presentar dos relatos decimonónicos de la conquista de México que muestran cuán amplio margen había para interpretar la figura de Moctezuma, sea de modo crítico, sea de modo enaltecedor. Se trata, por un lado, de la novela histórica de Carl Franz van der Velde *Die Eroberung von Mexico* (1830); y, por otro, de la historia épica de

15 Cf. Cortés, *Drei Berichte*; id., *Briefe des Ferdinand Cortes*.

16 Véase Bernal Díaz, *Denkwürdigkeiten des Hauptmanns Bernal Diaz*; id., *Die Entdeckung und Eroberung von Mexiko*.

17 Véase Irving, *Geschichte des Lebens und der Reisen des Christoph's Columbus* (1828); Prescott, *Geschichte der Eroberung von Mexico* (1845); Prescott, *Geschichte der Eroberung von Peru* (1848).

William H. Prescott *History of the Conquest of Mexico* (1843). Aunque a primera vista no parecen tener mucho que ver la una con la otra, ambas alcanzaron gran popularidad en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX. También vale la pena comparar los contextos nacionales de Alemania y los Estados Unidos en cuanto a las ambiciones políticas proyectadas sobre el mismo guion de la conquista de México.

Carl Franz van der Velde, aunque fuera en su época el autor más popular de novelas históricas, apodado el «Walter Scott de Alemania», hoy está prácticamente olvidado. En su momento fue prolífico y un auténtico *bestseller*: de los veintiocho volúmenes de sus obras completas salieron hasta 1862 siete ediciones; en los diez primeros años de su aparición sus libros alcanzaron un grado de popularidad que, a decir de Matthey (132), igualaba al de las obras de Schiller. Al contrario que este, sin embargo, Velde aprovechaba información histórica para construir figuras y escenas algo repetitivas y estereotipadas, lo que sitúa su producción en la categoría de literatura de fórmula. *Die Eroberung von Mexico* es el único de sus veintiocho volúmenes dedicado a una civilización no europea. Fue la primera novela histórica alemana sobre México y para el público lector burgués, probablemente el relato más en boga sobre el tema¹⁸. Velde no citaba fuentes, trabajaba con diálogos sencillos y con una moral ilustrada. No obstante, logró establecer para su público los elementos esenciales del drama que, tras él, otros volverían a poner en escena.

La novela vive del contraste entre cuatro figuras: el audaz héroe Cortés, su joven compañero Juan Velázquez de León, el tiránico gobernador de Cuba Diego Velázquez (tío de Juan) y, luego, Moctezuma. El conflicto ético-moral está colocado, con Velde, en la persona de Velázquez de León, quien sigue en calidad de consejero a Cortés, pensando que este quiere convertir al cristianismo a los aztecas. Se desengaña, sin embargo, cuando presencia su proceder brutal y su cálculo estratégico. Moctezuma, por su parte, aparece como un tirano que vive en la opulencia con un ejército de sirvientes, pero que, debido a su supersticiosa fe en el regreso de Quetzalcóatl, no es capaz de tomar una decisión propia y acaba sometándose con todo su pueblo a los españoles (Velde, *Die Eroberung von Mexico*, 134). Juan resume que «esta nación es ya demasiado culta, tiene demasiadas necesidades artificiales, está demasiado

18 En el año 1818, Carl Curths había publicado un relato sobre la conquista de México, pero no tuvo, que yo sepa, más que una única edición. En lo que a temas españoles y americanos concernía, August von Kotzebue, autor dilecto de Spengler, había dramatizado dos veces la historia colonial española, en *Die Sonnenkönigin* (1796) y en *Die Spanier in Peru* (1791).

mal gobernada como para poder resistir mucho tiempo, por no hablar del respeto que nuestro saber superior y nuestras armas les han inspirado» (*ibid.*, 144). El problema de la conversión y del aprendizaje de una nueva cultura pasa a ser central en la tercera parte de la novela, que es de libre invención. Juan queda como prisionero de los aztecas tras la retirada de los españoles de Tenochtitlán. Se enamora de Anacoana (*sic!*), hija del rey, y se casa con ella por el rito «pagano». No obstante, tras la reconquista de Tenochtitlán por parte de los españoles, y poco después de expresar Cortés dudas sobre la conveniencia de un matrimonio con una pagana —aun estando ya bautizada—, Anacoana se suicida afligida por la muerte voluntaria de su padre. Esas muertes sugieren, de manera poco velada, lo inasimilable que es la cultura azteca a la de los españoles.

Una serie de adaptaciones de Velde continuaron en Alemania en esta línea de interpretación popular, según la cual los aztecas habrían sido poco menos que demasiado «avanzados» en su civilización para poder imponerse a los españoles. Podemos sospechar que, al igual que la sugerencia de Humboldt, el modelo prevalente para pensar el «imperio azteca» eran los imperios griegos y romanos; hacía falta poca imaginación para añadir a ello la idea de un imperio azteca «en decadencia», sobre el cual el imperio español, en tanto «joven» habría prevalecido. Así, el libro para adolescentes de W. O. von Horn, *Die Eroberung von Mexico durch Hernando Cortés* (1864) insiste en el heroísmo de Cortés contrastándolo con un Moctezuma que se presenta como un déspota interiormente débil que ha de ser eliminado por Cortés para poder convertir al cristianismo a la población. Franz Hoffmann, en otro libro para adolescentes que cita a Velde en el subtítulo y la introducción, *Die Eroberung von Mexiko* (1879), sitúa la historia de la conquista de México en el contexto de la expansión imperial de España y expresa su admiración hacia esta época: «La vida de los caballeros de aquel tiempo era, en efecto, poesía vuelta realidad, y el relato de sus vivencias en el Nuevo Mundo colma una de las más notables páginas de la historia humana» (III). Mientras que Humboldt insiste en la contemplación del mundo por él descubierto, en Velde y sus seguidores, se convierten en el punto central de las cavilaciones cuestiones relativas al colonialismo; referentes, por tanto, a si debe justificarse la anexión de un Estado por parte de otro cuando el reino conquistado está gobernado por un déspota y unas prácticas religiosas «paganas» o inhumanas. La versión popular de Velde de la conquista de México, por tanto, incluso cuando criticaba a Cortés por su propio comportamiento, seguía un guion de interpretación inspirado a la vez por la idea ilustrada de los derechos humanos universales, y por la antigua idea de la *translatio imperii* que parecía justificar la colonización de imperios considerados decadentes.